

C
910
A

DE 424

A4

V. 2.



ES PROPIEDAD. — 1885.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

48228



LAS TERMÓPILAS VALDENSES



9.—OB. DE AMICIS.

LAS TERMÓPILAS VALDENSES



OMENCEMOS como los novelistas de otro tiempo. Era una hermosa mañana de fines de Setiembre, al salir el sol, cuando tres amigos, aun medio dormidos, un diputado, un periodista y.... (la frase es tan bella y nueva que no puedo dispensarme de emplearla) y *el que escribe estas líneas*, salíamos juntos de la gran fonda del Oso, donde se guisa magistralmente la gamuza, y bajábamos la calle principal de Torre-Pellice para llegar al valle de Angrogna con intencion de subir hasta el célebre prado del Torno, llamado "el santuario y la fortaleza de los valles valdenses."

—Allí—me habían dicho valdenses y católicos,
—se encuentra el más original y el más romántico

de aquellos valles, y además el más glorioso. Volverá V. entusiasmado.

Y me habían dado una recomendación para el pastor de Angrogna, Estebán Bonnet, natural de aquel lugar, que se me representaba un venerable anciano de ochenta ó noventa años; el cual sería para mí el más docto y cortés *cicerone* que podría desear.

El tiempo nos favorecía. El cielo estaba claro y limpio, pareciendo que no había de nublarse en un mes, y el Vandalino levantaba su cabeza granítica en aquella atmósfera pura, dorado por el sol, soberbio como en los más hermosos días de sus glorias.

*
*
*

A los pocos minutos nos encontramos cerca de la embocadura del valle, á los piés de la hermosa colina de Rocciamancot, que es como un fuerte avanzado del valle de Angrogna; cuyas inmediaciones fueron teatro en 1488 de una de las primeras contiendas de las revoltosas huestes del legado de Inocencio VIII, y donde cerca de doscientos años despues, uno de los personajes más heróicos y más poéticos de la historia de los valdenses, el capitán Tanavel, rechazaba, con solo seiscientos de los suyos, tres asaltos furiosos del ejército de Carlos Manuel II.

Pero el que quisiera detenerse á citar todas las acciones que se dieron en aquellas alturas, no llegaría nunca al Prado del Torno. Los valdenses fueron atacados, en el trascurso de tres siglos, en todos los puntos de su país, desde Pragellato hasta Lusernetta, desde Bobi hasta Pramollo, en las llanuras y en los montes; en las estaciones

medias y en el corazón del invierno; por ejércitos regulares, por voluntarios, por cruzados y por bandidos; tras largos preparativos, y de improviso; con extensos atrincheramientos, y con fuerzas concentradas; á la descubierta, y con emboscadas; con todas las combinaciones extratégicas posibles, con todos los engaños lícitos é ilícitos, con todos los recursos guerreros, políticos y propios de bandidos que pueden ocurrir á la mente humana.

Cada palmo de sus tierras, cada roca de sus montes, tiene su historia de sangre, de fuego y de gloria. Pero las memorias más solemnes y las más antiguas glorias son las del valle de Angrogna. Esta fué la meta suprema de todos los capitanes católicos, y al mismo tiempo su rabia, su vergüenza y su desesperación, y por esto es el más querido y venerado de los valdenses, su valle sagrado, que llaman también el corazón de los valles, y cuyo nombre es difícil que pronuncien en presencia de un forastero sin señales de emoción.

Por esto quizá, al llegar cerca de la embocadura, apresuramos los tres el paso, sin hablar, impacientes de dirigir las miradas á su fondo, como á un lugar lleno de maravillas y de misterios, en el cual, los profanos católicos, no podían entrar sino de contrabando.

*
*
*

El primer aspecto de los valles, es, en efecto, extraño, misterioso, inolvidable. Me habían dicho que era un valle angosto, mas no esperaba ver un embudo tan estrecho, tan bello, á pesar de su angostura, y tan triste, á pesar de su belleza. La vereda que llevábamos, corre horizontalmente después de una breve subida, sobre el lado de los montes que forman la ladera derecha á una gran altura sobre el fondo. El fondo es tan estrecho, que en algunos puntos apenas podría pasar una compañía en batalla ó cuatro filas de soldados de una parte y cuatro de la otra del torrente. Del camino para abajo, todo estaba aun en sombra. Después de algunos momentos vimos un espectáculo hermosísimo: á la derecha, delante de nosotros, sobre las cumbres de tres alturas sucesivas, todavía casi sumergidas en la oscuridad, una iglesia valdense, una iglesia católica, y después otra iglesia valdense, una detrás de otra, blancas, plateadas por el sol, resplandecien-

tes y solitarias en medio de una vegetación oscura y espesísima que ocultaba todo lo que había en derredor. En el valle un silencio profundo: ni un alma en el camino, ni en las alturas, ni en las laderas de las montañas ni en el fondo. Solo los golpes apresurados del mazo de un taller que no veíamos, llenaban de tiempo en tiempo los valles de un ruido sordo, al cesar el cual, parecía mayor el silencio.

A cortas distancias divídese los montes en profundos valles, por los cuales se precipitan arroyuelos y torrentes hasta el lecho del Angrogna, girando el camino por estos valles sombríos, pasa después un puentecillo, sale fuera al otro lado del monte, al sol; vuelve después á la sombra, sale otra vez al sol, y así avanza serpenteando con regularidad, y ofreciendo variados puntos de vista á cada instante. Aquellos valles son tan profundos, oscuros, húmedos y exuberantes de vegetación, que entrando y saliendo de ellos parece que se pasa de un golpe, de pleno día á la noche y de la noche al día, y se calofría el cuerpo en estas transiciones. Se camina al borde de precipicios peñascosos por orillas escarpadas semejantes á grandes muros verdes, ligeramente inclinados, destilando humedades, en medio de verdaderos bosques de castaños gigan-

tescos, que llegan casi hasta el fondo del valle y se levantan á gran altura sobre el camino y sobre la cabeza del viajero. Dentro, grupos de encinas, de nogales, de robles, de álamos, y después otra vez altísimos castaños, rodeados de vástagos desde el suelo hasta los troncos con ramas enormes prolongadas en mil formas extrañas de brazo de candelabro gigantesco, de miembros colosales movidos por la desesperación, de monstruosas garras extendidas para coger su presa en el cielo. Todo verde intenso, todo fuerte, grande y austero, árboles, grupos, rocas, quebraduras, desfiladeros. La sombra era tan verdosa, tan densa, en aquellas grandes hendiduras del monte, que desde un lado apenas se veían los grupos de casas de piedra gris que estaban en la parte opuesta, á pocos pasos de distancia, adosados á la pendiente; y los montes del otro lado del valle, vistos desde aquel fondo negro iluminados por el sol, y como encerrados entre dos lados oscuros del valle, daban la idea de un país, en el cual reinase otra estación, parecían resplandecientes de oro y deslumbraban. Al salir de cada valle, veíamos de un lado la altura del vallado, que parecía cerrar el horizonte, cual si á la media hora de andar concluyera el camino, y del otro la embocadura cerrada tam-

bien por la gran masa azul y violeta del Frioland, de la Punta de la Morella, y de los montes lejanos de Bagnolo que flanquean el valle del Po, perdiéndose en el cielo. Las pocas casas que encontrábamos en el camino, estaban cerradas y solitarias.

No se veía á nadie por ninguna parte.

No había otra señal de país habitado que aquellas tres iglesias altas, blancas y solitarias que parecían alejarse, como palacios encantados, á medida que avanzábamos en el camino.

El rumor del mazo también había cesado. No se sentía ya ningún ruido. Parecía que estábamos los tres solos en todo el valle y ninguno se atrevía á hablar. ¡Qué belleza! ¡Qué admiración, qué encanto!

*
*
*

Después de hora y media de camino llegamos á una altura donde está situada la parroquia de Angrogna: un grupo de casitas limpias, un zaguan, un patio plantado de árboles, una inscripción en una esquina con grandes caracteres: *Amonestaciones*, un templo blanco, un poco más en alto, aparte, y todo alrededor verde y sin un alma. Pero casi de repente salió por la puertecilla de un lado el pastor Bonnet.

Yo que esperaba una especie de viejo de la montaña, quedé más admirado al ver un hombre guapo, como de cuarenta años, con toda la barba negra, alto y esbelto, de rostro sonriente, formas amables, vestido de negro, pero con cierto aire elegante que á no haber sido por la corbata blanca se le hubiese podido tomar por un capitán de cazadores, de temporada en el campo. Me admiré aun más sabiendo que era natural de Angrogna, cuando le oí hablar con pronunciación toscana casi perfecta. Supe después que la había adquirido en la isla de Elba,

donde había estado diez años y en Florencia. El motivo de esto es que en el colegio de Torre-Pellice hay un buen profesor toscano, del que casi todos los maestros y maestras valdenses aprenden algo del *parlar celeste*; pero de todos modos es raro oír en aquellas montañas un toscano tan correcto.

El Sr. Bonnet se ofreció cortesmente á servirnos de guía, y nos detuvimos algunos minutos en el patio para discutir el programa de la excursión.

Por todo aquel tiempo y durante un buen rato, mientras andábamos por la calle, escuchamos un canto notabilísimo que salía de una casita cerrada, el canto de un hombre que trabajaba, y que cambiaba de tema continuamente sin interrumpirse, saltando del aire popular á la *Traviata*, de la canción militar á *Rigoletto*, con una vivacidad, con un entusiasmo loco, con una intensidad de voz y de pronunciación, que parecía pagado expresamente para divertir al pueblo.

—Es más feliz que un millonario—dijo Bonnet sonriendo.

Y el diputado añadió, no sin razón, que no se cantaba mejor en la ciudad.

Por una abertura estrecha, vimos su cara en la ventana, una cara alegre; pero desapareció en seguida, entonando un coro de *Los Lombardos*.

El pastor nos hizo ver su templo, pequeño y desnudo, una especie de desvan desamueblado, mejor que la casa de Dios. Pero es un templo histórico, el más antiguo del valle, fundado hácia la mitad del siglo xvi, en el sitio donde solían reunirse los valdenses al aire libre, á deliberar y á orar; habiendo sido destruido por los frailes, y reedificado despues sirvió de cuartel á los soldados del Marqués de Piazzezza, que acamparon allí alrededor, y ahora renovado y tranquilo para siempre.

El Sr. Bonnet nos lo enseñó con una cierta expresión de afecto y de emoción, hablándonos de la larga série de pastores, algunos martirizados y otros muertos de la peste, que le han precedido en aquella casa en el trascurso de cerca de cuatro siglos.

Y aquella voz dulce y armoniosa, aquellos recuerdos de antiguos pastores, aquella soledad rodeada de verde por todas partes, y el canto incansable de aquel trabajador, que se extendía por el valle silencioso, nos causaba una singular impresión, como si estuviéramos en un rincón del mundo, alejadísimo del en que habitamos nosotros y desconocido de todos, en el cual se gozaba todavía la paz de los tiempos primitivos.

El pastor nos propuso ir á ver la *Iglesia de la Cueva*; una de las maravillas del valle.

—¿Son ustedes cazadores?—preguntó.

—A ratos perdidos,—respondimos.

—Porque es preciso trepar,—añadió.—Y empecé á subir el primero con la ligereza de un soldado de los Alpes.

*
* *

Era una cueva que servía de iglesia y de refugio á los valdenses en los tiempos de las persecuciones.

Si no se sabe dónde está es imposible encontrarla.

Después de diez minutos de subida escabrosa sobre un terreno de hierbas y de *detritus*, vimos un monton de rocas en el cual no había ninguna abertura. Se continúa subiendo, después se baja por un sendero de cabras, apoyándose en las peñas, agarrándose de los arbustos, sentándose á veces de repente, hasta que se llega á una especie de átrio de la cueva, oculto por algunos tilos.

La entrada es ancha, pero de pocos palmos de altura; toda crizada de puntas por arriba y por abajo, semejante á una gran boca de peñascos que apretase sus dientes; de modo que no se puede entrar más que acurrucándose hasta dar las rodillas con la barba, ó deslizándose y arrastrándose como

un herido que pide socorro. La entrada de la gruta es un pórtico de palacio, comparada con aquel maldito buzón; introducirse allí, es echarse uno mismo en el buzón para el otro mundo.

El pastor encendió un cabo de vela, y entró el primero; nosotros nos tendimos sobre las piedras, uno detrás de otro, en actitud de gladiadores moribundos, y girando á la ventura, rodamos hácia dentro sin graves contusiones.

Apenas entrados, nos encontramos en tinieblas; se necesitan algunos minutos para orientarse.

La cueva es estrecha y larga, de la forma de una gran hendidura, capaz de contener doscientas personas. Está tenuemente alumbrada desde lo alto, por tres aberturas pequeñas, que parecen tres troneras horizontales, y hay obstáculos en el fondo de moles inmensas de roca. Aquel rayo de luz que penetra, le dá el aspecto siniestro de la cárcel subterránea de un castillo, donde los prisioneros reciben la comida por la hendidura de la bóveda.

El pastor nos decía que á veces se cogen murciélagos en los huecos de las paredes, con sólo alargar la mano. Es una luz amarillenta, tristísima, peor que las tinieblas, que dá á los rostros la palidez del terror. El ángulo opuesto á la entra-

da estaba oscurísimo. El señor Bonnet, de pié en el fondo sobre una piedra, con el cabo de vela que le alumbraba de arriba á abajo la cara, tenía toda la apariencia de un espectro. Ciertamente, debía sentir una emoción profunda el pastor de larga barba blanca que, desde aquel púlpito de roca, á la luz de una bugía, predicaba con voz sumisa á la multitud apiñada, de la cual cada uno creía haber entrado por última vez. Mientras el pastor predicaba, ó los fieles cantaban salmos á media voz, los jóvenes valdenses estaban vigilantes sobre las alturas vecinas. Al aparecer á lo lejos las vanguardias enemigas, daban aviso, y entonces la gruta quedaba en un silencio sepulcral, y se apretaban los unos con los otros, temblando y orando con el pensamiento.

Pero no siempre las cosas pasaban así. Unas veces los espías, otras los perros, adiestrados en la caza del hombre, guiaban á los soldados por el camino más directo; entonces los centinelas corrían con la cara aterrorizada á llevar la fatal noticia. Las madres apretaban los hijos contra su corazón, los padres bendecían las familias, los amigos cambiaban el último saludo, y después, inmóviles, unidos, con la respiración suspendida, aguzaban el oído, encomendaban su alma á Dios....

¡Ah! ¡Qué sonidos de alabardas golpeaban sobre las rocas de la entrada! ¡Qué voces atronadoras dirigían por los respiraderos, la órden de salir! ¡Qué ruido de ramas de hojas secas amontonadas delante de la entrada! ¡Y las primeras nubes de humo que entraban acompañadas de un tropel de blasfemias y de risotadas sarcásticas! Pensábamos entonces que aquella pequeña abertura, por donde habíamos entrado con trabajo, podía cerrarse de un momento á otro, y se experimentaba un sentimiento de angustia como en aquellos abrumadores ensueños, en los cuales, dando vueltas por las sinuosidades de un subterráneo, veíamos apagarse todas las luces y oíamos que todas las puertas se nos cerraban.

Tan verdad es esto, que á pesar de la invitacion del pastor, no nos queríamos meter en otras dos cuevas, último refugio de los desesperados, las cuales son como dos rincones de la caverna grande, muy difíciles de descubrir, y que acaso salvaron la vida á más de un infeliz. ¡Y eso que no éramos los soldados del Conde de la Trinidad! ¡Y despues se veía tan espléndido sol por fuera!

Volvímos á echarnos en tierra..... Pero esta vez fuí ménos afortunado y dí un tropezon que me hizo ver las estrellas.

—¡Cuidado con la cabeza!—gritó Bonnet que estaba ya fuera.

—¡Gracias! ¡Ya es tarde!—respondí.

Me pareció que se rió de mi contestacion; pero refa acaso por otra causa, viéndonos arrastrar á los tres como esclavos bajo el látigo.

—Nos habreis hecho pasar tantas veces así vosotros—pensaria;—que es justo que yo os haga pasar alguna vez, pícaros papistas.

Pero su semblante apacible no recordaba ciertamente la complacencia de la venganza.

Esperó que hubiéramos recogido las provisiones y despues volvió á tomar la direccion de la expedicion, saltando de peña en peña con la seguridad de un antiguo pastor acostumbrado á esta clase de ejercicio.



Volvimos á tomar el camino del valle oyendo durante un buen rato la voz del dichoso campesino que cantaba el aria de la gitana del *Trovador*, y pasamos por un torrente llamado Vengie, casi escondido entre la vegetacion que llenaba sus frondosísimas orillas, el cual forma una primera línea de defensa del valle de Angrogna, contra los enemigos que vinieron por el valle de Lucerna.

A un lado del torrente se levanta una enorme roca empinada, que parece el pedestal de un monumento titánico, la cual es objeto de una curiosa leyenda.

Una vez al año, dicen los moradores del valle, entre la media noche y el alba, una vieja está hilando sobre lo alto de aquella roca dejando caer el huso que oscila girando en las tinieblas. El joven que pasa por allí es llamado para que recoja el huso de la vieja; si lo coje, su felicidad está asegurada y gozará la bienaventuranza.

Pero no es esta roca lo único notable que hay

en aquellos lugares. El torrente de Vengie divide en dos partes el territorio de la parroquia de Angrogna, y es curioso observar que en cada lado, á dos pasos de distancia se hablan dos dialectos completamente distintos. Uno, el de la parte baja, más semejante al dialecto del Piamonte, el otro tiene mayores analogías con el francés.

"Scrivou eista dua grissa per fa vou conoise lon langage d'Angrengna che á smiglia ren dar tout á noste parlá." (1)

Más extraño es, que siendo unos y otros valdenses haya cierta rivalidad, por no decir enemistad, entre los habitantes de las dos orillas.

Los jóvenes del lado acá del torrente que ván á hacer el amor á las jóvenes del otro lado del valle, corren á menudo el peligro de ser recibidos á palos. Igualmente sucede en los asuntos municipales; cada parte hace lo imposible para que sea elegido un alcalde de su bando. Pero es raro que vengan á las manos.

La guardia civil de Torre-Pellice no vá allí con otro objeto que el de matar lobos. Y el médico dice que asiste solo á las parturientas y á los moribundos. No tratándose de partos ó de enfermedades mortales, no llaman al médico.

(1) Escribo estas dos líneas para dar á conocer el lenguaje de Angrogna que tiene gran semejanza con el nuestro.

Se nos hacía raro oír hablar de costumbres y de habitantes, no habiendo visto ninguno, y sin embargo, la población del valle consta de cerca de 1.700 valdenses y 900 católicos, con tres templos, dos iglesias católicas y diez y seis escuelas. Pero entonces estaban casi todos en el trabajo allá abajo en el fondo del valle, en Angrogna, ó sobre lo alto de los montes, de aquellos bosques que pendían sobre nuestras cabezas.

Casi todos son pequeños propietarios; la propiedad está muy dividida aún entre los católicos, de los cuales muchos son expósitos, porque desde hace muchos años es costumbre mandar los expósitos, los *venturini*, como dicen graciosamente en aquel campo, al valle de Angrogna, donde crecen, trabajan y se casan lejos del mundo que ha renegado de ellos.

Pregunté al Sr. Bonnet si había alguna vez cuestion entre católicos y valdenses.

—Jamás,—me respondió.—Los pastores y los sacerdotes católicos se saludan cortesmente sin estrechar amistad y los aldeanos viven en buena armonía. A veces los jornaleros de una y otra religión, trabajando juntos en la misma casa ó en el mismo campo, entablan discusiones religiosas sobre puntos dogmáticos, y á menudo se acañoran, pero no pasan de ahí.

Cuando un valdense muere, los católicos le acompañan al campo santo; cuando muere un católico le acompañan los valdenses. No hay, pues, entre ellos sombra de odio ni de antipatía.



Caminábamos hácia adelante siempre, en medio de castaños, á la sombra, por un verde señalado por pequeñas manchas de sol semejantes á fajas y montones de oro, que recordaban los hermosos bosques de Calderini.

De cuando en cuando se veía entre los árboles una casita blanca con dos ventanas y una puerta; eran las escuelas que se abren en invierno. El pastor nos indicó en un lugar sombrío y amenísimo, que parecía un ángulo del parque, un pequeño espacio redondo de tierra apisonada, un poco levantada sobre la pradera, con un grueso tronco colocado en medio.

Era la sala de baile de la "bulliciosa juventud del lugar." Algunos días de fiesta por la noche, se reúnan allí los jóvenes y las muchachas, los tocadores se sentaban sobre piedras ó sobre hierbas. Dos faroles sujetos al tronco alumbraban á las parejas, y para el servicio de refrescos, el arroyuelo próximo.

El pastor lo censura naturalmente; no vé con buenos ojos aquel semillero de tentaciones y de pecado. Pero la juventud valdense no renuncia á sus gustos.

Las costumbres por otra parte, no puede decirse que sean libres, porque á los muchachos y á las muchachas no es posible tenerlos con una cadena. A los enamorados se les deja estar solos y juntos hasta tarde á la luz de la luna y creo que también cuando no hay luna, porque no es motivo la oscuridad para cortar la fiesta.

Una graciosa cancioncilla que voy á traducir lo dice.

Héla aquí:

Dormitando una noche
sobre mi lecho
de la voz de mi amante
oigo los ecos.
Me visto pronta
Y á su encuentro anhelante
corro gozosa.
Siéntate aquí cerquita,
sobre este banco,
y pasarán las horas
de amor hablando,
hasta que cante

la negra golondrina
sobre los árboles.
Y cantó al poco rato
la golondrina
á nuestro amor haciendo
traicion indigna.
¡Ave traidora!
¿Cómo á cantar te has puesto
cuando no es hora?

Pero no vimos á ninguna de estas bellas en los bancos. Y por ninguna parte se veía á nadie. Solo despues de un buen rato de camino, encontramos un aldeano como de treinta años, buena figura, el tipo del antiguo guerrero valdense, alto, con cabellos largos y rubios como el oro, con ojos azules clarísimos, con un gran sombrero negro de forma redonda y muchas alas semejante á los sombreros de los obispos; forma muy usual en el valle. Despues pasaron algunas viejas encorvadas con el peso de los años haciendo media, y todas al pasar, saludaban al pastor con dulzura:—*¡Bon jour, Monsieur Bonnet!*—Y él respondía á todas con la misma entonacion de amable benevolencia, llamándolas por sus nombres, porque sabía los de todos sus feligreses. Una vez le dijeron:—¡Buenos días *barbal*—que significa tío—que era el título de los antiguos pastores, y de aquí na-

ce el nombre de barbetos dado á los valdenses. Ahora este nombre ha caído en desuso. Observamos que todas las viejas que pasaban usaban cofia blanca. La cofia blanca la llevan todas las mujeres pero solo desde la adolescencia; las niñas las llevan negras. Pero se va perdiendo este uso poco á poco.

Antiguamente—decía el pastor con cierta espresion de sentimiento,—no se veían en la iglesia más que cofias blancas y negras sencillísimas: todo valdense genuino. Ahora las muchachas que han servido en Turin, en Niza ó en Marsella, vuelven con las cofias adornadas, con sombreritos cubiertos de flores y rodeado de cintas...—¡Otra cosa, en fin!

—¡Ay, querido pastor,—hubiera querido decirle;—será menester disponerse á ver tambien el corpiño abullonado y el talle á lo Sarah Bernard. Pero ahora al ménos, del cuello para abajo, visten casi todas muy sencillamente, con colores oscuros y con los talles lisos; y aun cuando llevan tambien la cofia blanca y lisa, tienen algo de monástico, en su aspecto y una apariencia de gravedad ascética y de rigidez pura, que os hace detener en los labios una galantería por miedo de ser rechazado con un versículo de la Biblia.